



**ESCOLÁSTICA PERONISTA**  
"Todo es  
peronismo, el  
peronismo es todo"

Página 3



**CONTRATAPA**  
*Desmonte,*  
una novela  
imprescindible

Página 4

  
**télam**  
AGENCIA NACIONAL  
DE NOTICIAS

# SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 4 | NÚMERO 189 | JUEVES 16 DE JULIO DE 2015



Maurice Blanchot

Un maldito

ilustrado

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

Una nueva edición de *Literatura y Revolución*, célebre libro de León Trotsky (1879-1940), traducido directamente del ruso por Alejandro Ariel González, que incluye una segunda parte nunca publicada en castellano —que lo convierte en el volumen más completo hasta el momento—, fue presentado en la Biblioteca Nacional por Eduardo Sartelli, autor del estudio preliminar del libro, y el propio traductor. Publicado

por Ediciones n/r (Razón y revolución), el libro representa una novedad no sólo en el campo de la intelectualidad de izquierda sino en la historia de la política y su relación con el arte. Editado con la intención de combatir una lectura religiosa de la producción de Trotsky (1879-1940) el libro presenta un agudo estudio preliminar a cargo de Eduardo Sartelli y Rosana López Rodríguez.



GUILLERMO SACCOMANNO

**A** Maurice Blanchot (1907-2004) alguien lo definió no tanto como un tipo reservado sino, más bien, como un ausente. Sin embargo, nada hay menos ausente que su marca de lector en la teoría y la crítica literaria contemporánea. Toda una presencia que llega hasta la actualidad interponiendo las relaciones conflictivas entre escritura y lenguaje. Para Blanchot, la literatura nace en el segundo en que deviene pregunta. "Escribir es la violencia más grande por

Gaulle y de la intervención francesa en Argelia. Además de conitar la admiración de existencialistas y estructuralistas, Blanchot era, por sobre todo, amigo y compinche de dos tipos curiosos. Y conformaron en su tiempo el tríptico más mentado. Uno, George Braque, el de *El cubista*, *El azul de cielo* y *Mimodora*; quien puede imaginar viendo sus fotos, de traje, peinado a la cachetada con gorriña, al autor de una literatura que alquitrina el erotismo y la muerte. El otro, el maníaco escritor polaco Pierre Klossowski, autor de un ensayo incómodo: *Sade, mi prójimo*, y hermano de Balthazar, el pintor que usó como seudónimo Balthus, quien pintaba lujos recordados en una luz de siesta. Al morir el año pasado, a los noventa

y cinco, Blanchot era el último de estos "malditos ilustrados".

Sí otro poeta puede atraer a alguien como Blanchot, que piensa que la escritura es un misterio y la literatura una cuestión que se vuelve siempre contra sí misma, ése es Paul Celan. En el ensayo *El último en hablar*, Blanchot comenta que lo que Platón sostenía, que "de la muerte nadie tiene saber", Celan agrega: "Nadie rinde testimonio por el testigo". Por este motivo, Celan propone: "Habla tú, así seas el último en hablar". Hablar, siguiendo la idea de Celan, es hacer hablar hasta el blanco de la página, ese desierto. Hablar en el desierto, de acuerdo. Ese blanco es un blanco distinto del *borrar saca*. Se trata de otra clase de blanco en el

breve", que parece tan novedosa en estas costas marroñas del Río de la Plata. Según Roland Barthes, las formas breves de Blanchot, parafraseando a Virginia Woolf, son "pequeños fragmentos cotidianos" o, si se prefiere, "isómeros inconspicuamente frogados en la oscuridad". Para Barthes esto no se distancia demasiado del haiku y de una cita de John Cage: "He descubierto que quienes insisten poco tiempo en sus emociones saben mejor que los otros lo que es una emoción". De todas las emociones, apunta Barthes con motivo de Cage y el zen, "la tranquilidad es la más importante". Es en esta emoción donde Blanchot se detiene en eso que casi no tiene duración y sin embargo es tiempo el instante. Lo que explica, en consecuencia, la brevedad de lo que escribe, queriendo eludir la poética del diario intimo, esa anotación personal de lo fugaz.

*La huera de la luz* (1973) es una narración autorreferencial y cortísima. Tiene un grado de concisión extrema que hace pensar en una "escritura del desastre" (como tituló uno de sus ensayos). Narración que deviene puesta en escena de los puentes teóricos de su autor. El yo está neutralizado por el pudor de la confesión y, a un tiempo, por una empeñosa falta de presuntuosidad que suele faltar en los discursos confesionales. "Yo no soy ni sabio ni ignorante. He conocido alegrías. Experimento al vivir un placer sin límites y tendré al morir una satisfacción sin límites." Blanchot parece irte en la misma dirección que P. C. Fitzgerald en *The crack up*, pero hay un segundo en que su narración se desvía y persigue un más allá de la caída. Porque la caída es parte de ese todo que escribe. Un todo acotado, breve, el hueso de los hechos. A Blanchot las acciones le resultan fugaces, de una levedad apenas digna de registro porque hacerlo, entrar en el detalle, implicaría una autoconsciencia que ya está en sus intenciones: golpes, una cuchallada, la miseria, los libros, una interacción, la locura, su apenas mención de un relato. Todas esas desgracias son el disparador de una reflexión sobre sus efectos. Por ejemplo, Blanchot cuenta así

## Maurice Blanchot Un maldito ilustrado

siglo donde los totalitarismos volvieron tan utilitaria como traicionera la palabra, no por haberla censurado sino por haberla impuesto,

allí donde el blanco puede ser la nada: "Nieve cuya blancura está en el blanco siempre más blanco (cristal, cristal), sin ampliación ni crecimiento: el blanco que está en el fondo de lo que no tiene fondo". Celan redujo a cenizas el alemán, su lengua de adopción, pero también la de los verdugos de Auschwitz. "El yo no está solo", escribe Blanchot. Se proyecta en el nosotros. Y siempre a propósito de Celan: "Incluso si pronunciamos la palabra mayúscula Nada, en la dureza abrupta que ella tiene en la lengua de origen (se refiere a la lengua de Celan), es posible añadir: nada está perdido, de tal modo que la nada se articula tal vez sobre la pérdida".

Al revés de sus ensayos, la obra narrativa de Blanchot es prácticamente desconocida en nuestra lengua. Es evidente que su literatura no es comercial, pero tampoco que nada le importó, le importa ni le importará serlo. No es una pose la suya: es una convicción. A fuer de desesgraciado, escribió algunos de los primeros teóricos de la "forma

una pérdida: "Mi extravío no era notado, sólo mi intimidad estaba loca". Tras una internación voluntaria, cuando puede emerger del silencio, escribe: "Lo peor de la brusca, horribra crueldad de mirar, no podía ni mirar ni dejar de mirar; ver era lo espantoso, y parar de ver me desgarraba desde la frente hasta la garganta".

Barthes cita en otra de sus clases a Blanchot: "Hay un momento en la vida de un hombre —por consiguiente, de los hombres— donde todo ha culminado, los libros están escritos, el universo está silencioso, los seres están en calma". No hay mucho más que escribir, reflexiona Barthes. Ni siquiera la necesidad de anotarlo. Algo tan simple como eso. Pero en sus clases, más tarde, Barthes recusa a Blanchot: una condición de la simplicidad es que la obra deje de ser un discurso sobre la obra. Blanchot, un teórico de la decepción, de la extenuación trágica de la literatura, se da cuenta de que la obra no puede ser más que lo que tiene que decir de ella. El perro se muere la cosa. "Debí reconocer que no era capaz de formar un relato con estos acontecimientos. Había perdido el sentido de la historia, eso ocurre en muchas enfermedades. Por esta explicación sólo los volvía más exigentes. Observé entonces por primera vez que ellos eran dos, que esta alteración en el método tradicional, aunque se explicase por el hecho de que uno era un técnico de la vista, el otro, un especialista en enfermedades mentales, le daba consistentemente a nuestra conversación el carácter de un interrogatorio autoritario, vigilado y controlado por una regla estricta. Ni uno ni otro, en verdad. Era comisario de policía. Pero, siendo dos, a causa de ello eran tres, y este tercer quedaba firmemente convencido, estoy seguro, de que un escritor, un hombre que habla y que razona con distinción, es siempre capaz de contar unos hechos de los que se acuerda. ¿Un relato? No, nada de relatos, nunca más."

Sin embargo, lo que siempre se lee en Blanchot, traves de sus ensayos, es la búsqueda de una antiferrenciales, cuestionando el hecho literario y su relación con la verdad y la soledad, no son otra cosa que narración cruda y dura.



MAURICE BLANCHOT.



## LA MUERTE DEL PIBE OSCAR: PRIMERA NOVELA LUNFARDA

La primera novela lunfarda de la literatura argentina, *La muerte del pibe Oscar*, que fue escrita por Luis Vilamayer (1876-1961) —oficial del cuerpo de Guardiacárceles de la Nación—, narra en un argot cruzado de argentinismos que trasciende el mero lenguaje carcelario, las peripecias de un delincuente víctima desde niño de la marginación social y convertido en paladín justiciero. Publicada en 1926, un

incendio destruyó casi toda la edición y se salvaron apenas pocos ejemplares. Es reeditada ahora por Unipe Editorial Universitaria. El pibe Oscar fue condenado a los 9 años a unos meses de encierro por robar dos quesos, pero salió en libertad por mala conducta recién a los 18. "convertido en un perfecto delincuente", afirma Oscar Conde (foto), a cargo del pomenorizado estudio introductorio.



4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 16 DE JULIO DE 2015

DIRECTOR DEL SUPLEMENTO LITERARIO TELAM: CARLOS ALETTI ■ SLT.TELAM.COM.AR



## CONTRATAPA

→ OSVALDO QUIROGA



# Desmonte, una novela imprescindible

Catalina trabaja para un suplemento cultural porteño mientras espera el regreso de su hijo. No son las batallas literarias las que más le importan, aunque su jefe le ha pedido que escriba un artículo sobre literatura basado en Carlos Argentino Daneri, el personaje de Borges que representa al escritor fatuo y banal. Catalina prefiere escribir sobre otros temas. Le preocupa la realidad mucho más que el sistema de consumo en el que vive la mayoría del periodismo argentino. Ella piensa en otros personajes y en otras situaciones. Ansía el reencuentro con Antonio, su hijo, y mantiene una relación ambigua con Juan, vínculo que va del rechazo al erotismo con cierta naturalidad. El pensamiento de Catalina está en otra parte. "Desde el Pichanal, pueblo ubicado en el cruce de las rutas 34 y 50 de la provincia de Salta, hasta varios kilómetros al norte de Orán, se abre una extensión tan grande como todo el estado de Texas. Según la página web del gobierno de la provincia, se trata de un millón de hectáreas. Para los pobladores originarios de la zona son las tierras del Ingenio". En ese vasto territorio el capitalismo colecciona injusticias y barbaridades.

Con esos elementos Gabriela Massuh construye una novela im-

peccable, no sólo por su pátina estética, sino también por la forma de abordar algunos temas contemporáneos que no figuran en la agenda de los medios dominantes. La autora de *La intemperie* y *La omisión* apunta a una literatura que nos ayuda a comprender el mundo. Su trabajo en *Desmonte* pone al descubierto la brutalidad de los mecanismos de sometimiento y barbarie propios del capitalismo a la hora de hacer valer sus intereses por encima de cualquier otra consideración.

Un artículo de la *Agencia Independiente de Noticias del Norte Argentino*, que Massuh incluye en su novela, explica: "La comunidad originaria que habita sobre la orilla Sur del Río Grande está integrada por kollas, guaraníes, wichi y criollos. Son familias que trabajan la tierra y se ganan la subsistencia con la venta de sus productos en el mercado de Orán. Gran parte de estos hermanos se radicaron allí después del famoso desalojo de La Loma y Abra Grande que comenzó a mediados de la década del ochenta por parte del Ingenio. Esos grupos originarios, otra comunidad hoy a una intemperie sin retorno. Fue desalojado otra vez de sus tierras de manera brutal los días 23 y 25 de septiembre,

según se informó en ediciones anteriores por este medio. Entre las víctimas de la expulsión se cuentan cuarenta familias; dentro del predio permanecen resistiendo otras treinta".

La trama de *Desmonte* no tiene nada de previsible. Un obispo con las mejores intenciones, pero sin el poder real, en vano se solidariza con los más desposeídos. El diálogo que mantiene el sacerdote con un joven, del que dejamos para el lector que descubra su nombre, es uno de los más significativos de las limitaciones que tiene cualquier bienintencionado frente a la maraña de leyes hechas a medida y a conveniencia de los explotadores.

El capitalismo, es sabido, ha construido y comprado voluntades de tal manera que disfraza de legalidad aquello que no es más que despojo y crimen. Los personajes de Gabriela Massuh van encontrándose a medida que avanza la acción. Para Catalina volver a la literatura, tal como la entiende el director del suplemento en el que colgaba una rara araña, es un desafío. El mundo del crimen se mientras esté tan cerca de la vida que algo similar le ocurre con el amor. Se siente demasiado involucrada en la historia social como para dejarse llevar por otros sentimientos.

*Desmonte* es una experiencia

apasionante para el lector. Es una novela política, sin duda, en el sentido más profundo de la palabra. Cuando se acerca al *Libro de Job* el texto se interna en una reflexión sobre lo que nos pasa en nuestro mundo. "La enseñanza del *Libro de Job* —escribe la autora— se organiza alrededor de la pregunta ¿cómo es posible que una persona honesta, que cumple con todo lo que de él se espera, esté sometida a sufrimientos? Si Dios todo lo puede y a todo le da sentido, ¿cuál es el sentido del sufrimiento? El libro pone en tela de juicio la doctrina tradicional de la retribución. Job considera que sus penas son inmerecidas porque siempre actuó de acuerdo con el mandamiento divino".

*Desmonte* habla de otros desparecidos. No de los treinta mil masacrados por la última dictadura. La admirable novela de Gabriela Massuh muestra que vivimos en un país donde las desapariciones son también las de tantos ciudadanos que ven avasalladas sus existencias por la dictadura del dinero. El capitalismo ha creado fortunas a partir del crimen. Dejar a pueblos enteros sin tierra, sin salud y sin educación es ahora una de sus armas más poderosas. Y cuando alguien habla de chicos

sin dientes, ateridos de frío en sillas infames, o de culturas que desaparecen, el capitalismo responde que se trata de mero populismo, o aclara con fingida pena que a lo sumo son los daños colaterales del progreso.

Entre tantos libros que se publican, mientras los suplementos literarios desaparecen o se convierten en unas páginas disimuladas adentro de un diario, *Desmonte* viene a recordarnos que la mejor literatura es la que nos enfrenta con el asfixiante universo que habitamos. *Desmonte*, parafraseando a Kafka, "... es como el hacha que sirve para romper el mar helado que tenemos adentro". En ese sentido el libro de Gabriela Massuh resulta imprescindible. Su escritura nos conduce al centro de problemas que impactan en la subjetividad del lector. Por sus distintas capas narrativas se asoma la rebelión frente al intento de mostrar como normales, o naturales, los actos más delezables de un sistema que mientras se justifica a sí mismo avanza en su proyecto de muerte del individuo. Job tenía razón cuando percibe la injusticia que se ciernen sobre él y su familia. En América Latina sabemos bien que Job es nuestro compañero de ruta. Pero el responsable no es Dios. Es simplemente el año del mundo: el capitalismo.